

solamente seguros de obtenerlas — Pues, todavía una vez, no hay confianza que una seguridad semejante no pueda darnos †.

Conclusion. — Hé aquí, pues, cristianos, lo que figura el sordo-mudo, y cómo Nuestro Señor lo ha curado. El sordo-mudo representa á los cristianos que no oyen lo que Dios les dice, sea por el espectáculo de la naturaleza, sea por órgano de sus ministros, sea por los buenos ejemplos de los fieles, sea por las inspiraciones interiores ó de otra manera cualquiera; y á quiénes no dicen lo que deben decir, sea que se trate de alabanzas que dar á Dios, sea que se trate de confesar sus pecados, sea que se trate de vengar la religion, sea que se trate de instruir ignorantes, de animar á los debiles y de convertir á los pecadores, ó de cualquier otro deber que llenar. Pues el Salvador há curado al sordo-mudo sacandole de la multitud, poniendole los dedos en los oidos y la saliva en la lengua, levantando los ojos al cielo y lanzando un gemido, por ultimo, diciendo, *abridos*; lo que nos enseña que, para curarnos de nuestra sordera y de nuestro mutismo espirituales, es preciso que nos separemos del mundo, que Dios mismo toque nuestro espíritu y nuestro corazón, y que para esto levantémos hacia él nuestras miradas y nuestras suplicas, con una entera confianza en su poder y su bondad. Réalicémos, cristianos, estos diferentes actos, puesto

1. Oh! Verbo encarnado, llave mística de David, que abris y cerrais sin que nadie se pueda oponer, decidme que se abra con todas sus potencias: *Ephphetha*. Que mi espíritu se abra á vuestras luces para seguir las, mi corazón á vuestras divinas llamas para amaros, mis ojos á vuestras maravillas para admirarlas, mi boca á vuestras alabanzas para publicarlas, mis oidos á vuestra voz para obedecer, y toda la capacidad de mi alma á vuestra infinita majestad para recibirlos, y para adoraros en lo más íntimo. Abridos reciprocamente á ella, oh! Dios mío, á fin de que se dirija á vós, y se repose en su centro; abridle el libro de la vida, que nadie más que vos, oh! cordero divino, puede abrid; abridle el tesoro de vuestras gracias, á fin de que ella se enriquezca con vuestros dones; abridle el cielo, á fin de que entre en la alegría de su Señor, para alabaros para siempre. (Nouet, *Medit.*, 22. sem. despues de Pentec. Martes.)

que la eficacia es segura — Así recobrarémos el pleno uso de los oidos de nuestro corazón y de la palabra cristiana — Así igualmente merecerémos oír la eterna alabanza que resuena en el cielo para la gloria de Dios, y unir nuestros propios acentos. Así sea.

UNDECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

TERCERA INSTRUCCION.

El sordo-mudo curado.

I. Oye claramente. — II. Habla bien.

Hay en el Evangelio del cuál á cabo de daros lectura, una circunstancia ligera en apariencia, pero en realidad muy llamativa, y que la sola atención del escritor sagrado á referirnosla, bastaría para hacernosla considerar cómo importante, puesto que el Evangelio no contiene nada que no sea de importancia. Esto es el gemido que lanza Nuestro Señor antes de curar al sordo-mudo que se acababa de presentarle. Este gemido nos hace, en efecto, comprender que, si es cierto que el don del oído y el de la palabra son grandes beneficios, de los cuáles hacemos más abusos que de los otros que Dios nos acuerda. Hé aquí porque no es más que gimiendo, cómo el Salvador vá á volver el oído y la palabra al sordo-mudo. Hé aquí porque también me propongo hablaros esta mañana, de lo que es preciso hacer para usar bien de estos dones, es decir para oír y hablar bien. El sordo-mudo curado, cuyos oidos se dice que fueron abiertos y que hablaba bien, será nuestro modelo.

I. — *El sordo mudo curado oye claramente.* — Antes de ser curado, el sordo-mudo no oía, y era para él una grande desgracia; pero despues que el Salvador le hubo puesto sus dedos en los oidos, y que dijo: *Ephphetha*, es decid *abridos*, al mo-

mento, refiere el Evangelista, *sus oídos fueron abiertos* 1. Pues fué para qué pudiése oír y escuchar toda clase de cosas, que el

1. *Et statim apertæ sunt aures ejus*, etc. His verbis tum celeritas, tum perfectio editi miraculi exprimitur. 1º Celeritas quidam, cum ad unum Christi verbum, nulla interposita mora, sed statim effectus sit consecutus: adeo ut, qui nunc dicit *ephpheta*, idem esse appareat, qui in principio *dixit et facta sunt, mandavit et creata sunt*. 2º Perfectio significatur hoc additamento: *Et loquebatur recte*: id est, non jam difficile, sed expedite, atque ita ut nullæ infirmitatis reliquæ remanerent; secus ac iis, qui medicinæ arte curantur, evenire solet. — Quod dicit evangelista de facultate loquendi, id etiam de audiendi facultate intelligendum est: sed de loquela potius quam de auditu factum exprimit, ut ad illud alludat quod supra dixit, quum vocabulo græco hominem difficile loquentem significavit (SCHOUPE, *Evang. illustr. dom. 11. post Pentec.*). — *Apertæ sunt aures ejus*. Observat Albertus Magnus quod aures surdæ ab evangelista nominatæ fuerint termino diminutivo, nunc vero complero. « Quæ prius erant auriculæ, modo factæ aures, qui audiunt. » Causam assignat Salmeron, cur Christus primo auditum, exinde vero loquelam restituerit: « Primo aures sunt liberatæ, deinde lingua; primo enim descendum est, ut postea recte loqui valeamus: *Sit autem omnis homo velox ad audiendum, tardus ad loquendum.* » Jac. 1, 19. Ut porro in discursibus de Deo instituendis proficiamus et perficiamus, primo omnium aures nostras patefaciamus oportet, sermoni et voci divinæ, qua prædicationes evangelicas et exhortationes suscipiendo, qua inspirationibus internis assentiendo: *Audiam, quid loquatur in me Dominus Deus*. Ps. LXXXIV, 9. — Simon de Cassia sentit, debuisse propheticum illud Isaïæ oraculum adimpleri: *Tunc vero aures surdorum patebunt, tunc saliet sicut cervus, claudus; et aperta erit lingua mutorum*. Is. xxxv, 5. Hugo Cardinalis dicit: « Prius audit homo, postea loquitur. » Quibus subservit illud sapientis monitum: *Qui prius respondet, quam audiat, stultum se esse demonstrat*. Prov. xxviii, 13. Quem rerum ordinem se quoque inviolabiliter observasse, testatur regius vates hisce verbis: *Inclinabo in parabolam aurem meam*; Ps. XLVIII, 5; quo facto mox subjungit: *Aperiam in psalterio propositionem meam* (MANSI, *Ærarium Evang. dom. 11. post Pentec.*). — *Aussitôt ses oreilles furent ouvertes*. Il y a quatre choses que nous devons toujours tenir ouvertes à l'esprit de Jésus, et fermées à l'esprit du monde, de la chair et du démon. *Apreire debemus oculos, aures, os, manus. Oculos ad credendum*

Salvador le volvió el uso del oído? No, ciertamente, porque si hubiere debido servirse de sus oídos para escuchar todo lo que podía sérle dicho, méjor hubiera valido que el Salvador no le curáse; cómo méjor hubiera valido, dice Nuestro Señor mismo, al escandaloso, sér arrojado á la mar con una piedra al cuello, antes de cometer un escandalo 1. En efecto, sirviéndose de los oídos para escuchar libremente todas las cosas que se dicen, el sordo-mudo, curado de su cuerpo, hubiera asestado ciertamente á su alma golpes mortales; de suerte que su segundo estado le hubiese sido más funesto que el primero. Pero si el Salvador no volvió al sordo-mudo el uso del oído para que pudiése oír y escuchar igualmente todas las cosas que se dicen, para qué se lo vuelve? Se lo volvió para que hiciése un buen uso.

Pues del mismo modo que Nuestro Señor volvió milagrosamente el oído al sordo-mudo solamente para que hiciése un buen uso; de la misma manera el oído no nos es dado á todos más que para hacer un buen uso. Porque así cómo se puede hacer un mal empleo de su espíritu, de su palabra, y, en general, de todas sus facultades, de todos sus sentidos y de todo lo que se posee; de igual manera se puede hacer un mal uso del oído en particular.

Pero puesto que el oído nos há sido dado, así cómo todo lo demás, para que hiciésemos un buen uso, qué es hacer un buen empleo del oído? Este consiste en dos cosas: la primera, en abrirle á todas las cosas buenas que nos son dichas y escucharlas con atención; la segunda, en cerrarle á todas las cosas malas que se nos dice y en alejar de ellas nuestra atención.

Para hacer un buen uso del oído, es necesario, en primer lugar, abrirle á todas las cosas buenas que se nos dicen y escucharlas con atención. Y cuáles son estas buenas cosas? Desde luego las que nos son dichas por Dios, á saber, sus mandamientos, sus máximas sus consejos, sus avisos, todas las cosas que se encuentran en los li-

fideliter, aures ad audiendum humiliter, os ad loquendum utiliter, manus ad subveniendum misericorditer. S. Bonav. *Serm. de temp. dom. 11. post Pentec. serm. 1...*

1. Mat. xviii, 6.

broz santos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Lo son igualmente sus inspiraciones, que él dirige al oído de nuestro corazón, y sus advertencias, que se nos hace oír por la voz de los acontecimientos naturales, políticos y privados. Están enseguida las instrucciones que los ministros de Dios nos dirijen, sea cuando nos hablan de lo alto del pulpito, sea cuando nos advierten en el santo tribunal. Una tercera clase de buenas cosas á las cuáles debemos prestar un oído atento y docil, son las ordenes que nos dán nuestros padres y todos los superiores, con la sola condición de que no estén en oposición con los preceptos del Evangelio. Digo que estas ordenes son para nosotros buenas cosas que es preciso oír con docilidad, porque es la voluntad de Dios que nos sometamos, y que, en general, nos son muy útiles, tanto bajo el punto de vista espiritual como bajo el punto de vista temporal; porque nuestros padres y nuestros superiores tienen gracia de estado para mandarnos y gobernarnos. Por último, es preciso escuchar también con gusto á las personas prudentes y respetables que nos dán consejos, y aquellas que, sean quiénes fueren, nos advierten nuestros defectos, que esto sea por interés y caridad para nosotros, así como también si es por malevolencia, odio ó celos. Estas palabras, á pesar de su apariencia contraria, son para nosotros excelentes, porque podemos sacar de ellas un gran provecho, si nosotros lo queremos, corrigiéndonos de los defectos que nos son señalados.

Las cosas malas á las cuáles el buen uso del oído quiere que cerremos las orejas, son primeramente todas las tentaciones y sugestiones del demonio. El oído que es preciso cerrar á estas tentaciones es el del corazón, así como el que debemos abrir á las inspiraciones de Dios. Pero es necesario cerrar también los oídos del cuerpo, es decir evitar tanto como se pueda el escuchar todas las palabras y discursos, capaces de conmover nuestra fé y manchar nuestras costumbres. Es preciso, por consiguiente, évitár el oír á los ímpios que se burlan de Dios, de la religion, de sus practicas, de sus ceremonias, de sus creencias, de sus prescripciones, de sus ministros y de sus fieles observadores. De igual manera, es preciso cerrar el oído á lo que dicen los que hablan de los vicios

sín horror, sín que, por el contrario, se rien y procuran escusarlos, ó también justificarlos y hacerlos amables. Conviene todavía cerrar el oído á las palabras de los que nos calumnian, de los que nos insultan, nos injurian y ultrajan; porque no escuchándolas, se dispararán como un sonido vano; por el contrario, si nos fijamos, provocarán, de nuestra parte, sensibles represalias, y harán nacer en nuestro corazón resentimientos y odios que nos serán infinitamente más perjudiciales que todas las injurias que se nos habrá dicho. Es conveniente cerrar, por último, el oído también á las alabanzas que se nos dirige, y no penetren hasta el corazón; porque sí las palabras injuriosas hacen nacer la colera y el odio, las palabras aduladoras engendran la vana complacencia y el orgullo, vicios más peligrosos y más criminales todavía, si se puede, que el mismo odio¹.

1. Sæpius quidem in Scripturis sacris accusantur surdi et vocantur ad audiendum Dei verbum: non venientes objurgantur, uti ab Isaia, c. XLII: *Surdi audite et cæci intuemini*; et in evangelio Marci, IX, comminatur Christus surdo et muto dæmonio: *Surde et mute spiritus, ego præcipio tibi, exi ab eo*. Interea tamen reperio legem a Deo datam in v. t. quæ favere videtur surdis. Ita enim legimus, Levit. XIX: *Non maledices surdo, quasi et jam surdi inveniantur aliqui, qui nequaquam mereantur vituperium, sed potius laudem. Et certe talis fuit vir secundum cor Dei, David, qui Ps. XXXVII, dixit de se inter calumniatores constituto: Ego autem tanquam surdus non audiebam*. Quinimo Michæas propheta, c. VII, prædicat christianos e gentibus convertendos, surdos evasuros æque ac mutos, ut exponit Sanctius. Ita enim ait: *Videbunt gentes et confundentur super omni fortitudine sua* (quia nihil scilicet potuerunt contra fidem Christi ejusque disseminatores) *ponent manum super os, aures eorum surdæ erunt*, quasi dicat: *Obmutescent et obsurdescent quando audient in se jactari probra et contumelias, suggeri consilia prava, etc.* Tales igitur surdi: utinam juxta hoc Michææ vaticinium simus omnes nos! Quibus vero in rebus potissimum surdos nos esse deceat, nunc videbimus. — Surdi boni et laude digni sunt: 1º Qui diabolicas suggestiones non audiunt... 2º Qui probra in se conjecta surda aure pertranseunt... 3º Qui inter detrahentes obturant aures suas... 4º Qui carnem et sanguinem non audiunt... 5º Qui falsas delationes non audiunt (FABER, *Op. conc. dom. 11. post Pentec. conc. 2. Auctarii*).

Es tanto más necesario, para hacer un buen uso del oído, el cerrarle á todos los discursos y á todas las palabras de que se acaba de hablar, que si no lo hacemos, llegaremos á ser sordos á las palabras que es preciso oír. Porque no se puede oír bien muchas cosas á la vez; y se oye la voz de Dios y la del deber tanto menos bien, cuánto que ellas hablan con calma, mientras que las de la pasión se espresan con fuego y tumulto. Así, pues, para oír claramente, como oyó el sordo-mudo de nuestro evangelio, es necesario abrir los oídos del corazón y del cuerpo á lo que es necesario escuchar, pero, al mismo tiempo, cerrarlas rigurosamente á todo lo demás.

II. — *El sordo mudo curado hablaba bien* ¹. — Del mismo modo que el Salvador no volvió el oído al sordo-mudo más que para que hiciése un buen uso; del misma manera no le volvió la palabra más que á fin de que hiciése igualmente un buen empleo. Y cómo hemos dicho que el oído no nos es naturalmente dado más que con el mismo fin que al sordo-mudo, es preciso añadir aquí la misma reflexión con relación á la palabra; es decir que nos es dada, no para decir todo lo que nos plazca, sino solamente lo que conviene, en otros términos, para hablar bien ².

1. Su lengua se desata, habla en voz alta, acusa sus faltas, publica las misericordias divinas, y testimonia la verdad. Penetrado de la bondad de Dios, del cuál es el objeto, animado de un profundo reconocimiento por las gracias que Dios le há hecho, no puede retener la espresión en su seno. Estalla en alabanzas respecto del Altísimo. *Magnificat anima mea Dominum. Non possumus non loqui*, dice cómo san Pedro. (GAUSSSENS, *Cincuenta y dos hom.* 11. dom. desp. de Pentec.).

2. De fine Dei, propter quem dedit homini unum loquelæ. — Non puto præstantius encomium de homine christiano deprædicari posse, quam illud: *Loquebatur recte*. Lingua enim sensus, et membrum est millenis erroribus præ cæteris obnoxium? Ideo Christus Dominus, sanans hodie mutum: *Expuens et in cælum suspiciens ingemuit*; quia in hac unica lingua, innumerabilia peccata et errores intuitus est; hinc S. Bernardus ait: « O bone Deus! exercuaris mille tormentis, et non gemis! nunc autem ad linguæ solutionem gemis? Estne tibi impiorum lingua severior omni mortis telo?... Quomodo ergo corrigendi sunt errores? quo-

Pues sepamos, cristianos, que es una cosa muy difícil, y por lo tanto, muy rara, el hablar bien. Porque unas veces se dice lo que sería necesario callar, y otras lo que sería preciso decir. Así el apóstol Santiago no teme afirmar que *si alguno no peca con palabras*, ese es un hombre perfecto ¹.

Qué es, pues, el hablar bien? Hablar bien, es en primer lugar no decir nada de reprehensible, sea respecto á Dios, sea respecto del prójimo, sea respecto de nosotros mismos — Segun esto, no decir nada de reprehensible respecto á Dios, es no blasfemar, ni jurar, ni acusar á la Providencia divina, ni quejarse de ella, y no desacreditar la santa religion que nos há sido revelada. No decir nada reprehensible respecto del prójimo, es no dirigirle palabra alguna capaz de herirle y de ultrajarle, y de no decir nada de él que pueda dañar á su consideracion ó á sus intereses. No decir nada de reprehensible respecto de nosotros mismos, es prohibirnos toda palabra de orgullo y vana complacencia, toda palabra licenciosa ó sola-

modo usurpanda lingua, ut loquatur recte? Hoc desumendum est ex triplici fine, propter quem Dominus Deus homini loquelam dedit, prout explicat cardinalis Hugo. Audiamus. 1º Loquela data est *ad laudandum Deum*. Deus ab omni æternitate in omnem æternitatem ex seipso felix nullius quidem obsequio indiget, nihilominus dignus est, ut omnium angelorum et hominum cordibus ametur, et linguis laudetur: præterea summæ gratitudinis lex exigit, ut grates illa rependamus infinitas pro beneficio creationis, redemptionis, conservationis, aliisque innumeris, etc. — 2º Loquela data est *ad ædificandum proximum*. Quilibet christianus operam conferat, ut proximo pia monita et consilia ad salutem suggerat, ad virtutem extimulet, et a vitiis retrahat, etc. — 3º Loquela data est *ad accusandum seipsum*. Idque facere cum profundissima humilitate quilibet christianus debet, non tantum coram Deo, sed et coram ejus vicario, accusando se contrito corde de omnibus peccatis, etc. Homo triplici modo debet esse bene dispositus, ad Deum, ad proximum, et ad seipsum; igitur verba illius ad hunc triplicem finem debent esse ordinata. Qui prophetat hominibus, loquitur ad ædificationem, ad exhortationem, et consolationem (CLAUS, *Spicil. univ.* Index conc. dom. xi. post. Pentec.).

1. Jac. III, 2.

mente equivoca, todo canto más ó menos deshonesto, toda palabra más ó menos mentirosa.

En segundo lugar, hablar bien, es no decir más que buenas cosas, es decir cosas que glorifiquen á Dios y edifiquen al prójimo, cosas que ilustren el espíritu y levanten el corazón, cosas que hacen conocer y amar el deber, ser modestos en la prosperidad y fuertes en la prueba. Y es preciso decir estas buenas cosas, no por orgullo y para hacernos valer, sino con una intención pura, es decir únicamente con el objeto de honrar á Dios y de ser útiles al prójimo.

En tercer lugar, hablar bien, no es tampoco decir siempre buenas cosas con una intención pura; sino decir las con oportunidad. El que hablara siempre, aun cuando no digera siempre más que excelentes cosas, no tardaría en fatigar aquellos á quienes se dirigiera. El corazón es como un campo. Tan buena como sea la semilla que se desparrame, no es conveniente hacerlo sin cesar; es preciso dejar á la primera que se ha estendido el tiempo de germinar, crecer y fructificar. Si se echa semilla sobre semilla, todas se ahogarian las unas á las otras, y ninguna llegaría á lozania. Así es con las buenas palabras que se desparrama en el corazón de aquellos en medio de los cuales vivimos: es preciso decir las con medida, y solamente en el tiempo y las circunstancias que parecen más propias á su fructificación.

Por último, hablar bien, no es solamente decir buenas cosas, y decir las en el tiempo que parece el más favorable; es también decir las á quien se puede y se debe, y no á otros. Y á quien es preciso hablar? Podemos y debemos hacerlo en primer lugar á Dios, para ofrecer nuestros homenajes, darle las gracias por sus beneficios, esponerle nuestras necesidades, pedirle sus gracias, y confesarle nuestras faltas. No hay nadie á quien debamos hablar tanto como á él, porque no hay nadie á quien debemos decir tanto, sea para honrarle como nuestro creador, sea para darle gracias como nuestro bienhechor, sea para apaciguarle como nuestro juez. Podemos y debemos hablar enseguida á todos los hombres que dependen de nosotros, á todos aquellos de los cuales hemos sido establecidos los superiores y los guías; podemos y debemos ha-

blarles para enseñarles sus deberes, ó recordárselos cuando los olvidan. Es así como el padre debe hablar á sus hijos, el marido á su mujer, el pastor á sus ovejas, el amo á sus criados, siguiendo este orden del apóstol san Pablo á su discípulo Timoteo, pero que se dirige igualmente á todos los que tienen el cargo de almas: *Hablád, apresurád la ocasion, y sin ella, empleád las reprehensiones, los ruegos, las amenazas, sin faltar nunca de paciencia ni cesar de instruir* ¹. En cuanto á las personas sobre las cuales no tenemos ninguna autoridad, podemos y debemos también hablarles, si tenemos la esperanza de hacerles el bien. Pero si no tenemos esta esperanza, podemos dispensarnos de decirles nada. Debemos también evitar el dirigirles la palabra, si tenemos motivo para temer que se arrebatan contra nosotros, ó toman ocasion de nuestras palabras para manifestar su impiedad ó dejarse llevar á sentimientos malos ².

1. II. Tim. iv, 2.

2. Recte ut loquendum, ex natura et structura linguæ docetur. 1º Lingua radicem in corde habet, ut cordi consentiat. 2º Unica est, ut loquaris parce. 3º In edito corporis loco est, ut loquaris coelestia, potius quam terrena. 4º In ore calido est, ut spiret amorem et ædificationem. 5º In ore humido est, ut loquaris caute et pacifice. 6º Infra aures, oculos et nares est, ut loquaris postquam audieris, circumspexeris, et docueris teipsum. 7º Ori quasi carceri inclusa est, quia lingua canis instar ferocis custodienda est, ne ad hominum morsus facile prorumpat (FABER, *Op. conc. dom. 11. post Pentec. conc. 4, Auctarii*). — Tempus tacendi, et tempus loquendi: 1º Tace, quando nullum ex sermone fructum speras; loquere, cum fructum et emendationem speras. 2º Tace, quando arcana tibi tradita sunt; loquere, cum Dei magnalia manifestanda sunt. 3º Tace; quando sermo tuus proximum lædet; loquere, quando sermo tuus ad ædificationem servit. 4º Tace, quando beneficium in alterum contulisti, loquere, cum accepisti. 5º Tace in propria causa; loquere in aliena (Id. *ibid. conc. 5.*). — *Su lengua fué soltada, y hablaba muy bien.* Oh! la gran gracia! el que no peca por la lengua, há llegado al colmo de la perfeccion. Pero para rectificar nuestras palabras, y para hacerlas perfectas, les es necesario arreglarlas sobre las del Verbo encarnado. 1º Es preciso hablar como él, con verdad, sencillez, dulzura y afabilidad. 2º Conviene hablar

Conclusion. Tales son, cristianos, algunas de las reflexiones que puede sugerir la curacion del sordo-mudo de nuestro Evangelio, y que nos enseñan lo que es oír y hablar bien, lo que es hacer un buen uso del oído y de la palabra. Se hace esto, prestando atención á todo lo que Dios nos dice, y á lo que nos dicen sus ministros, nuestros superiores y las personas prudentes, y cerrarla á todo lo demas, principalmente á lo que pudiera mancillar nuestra fé ó nuestras costumbres — Hacer un buen uso de la palabra, es no decir nada reprehensible, sino solamente cosas buenas, y decir las de la manera y en el tiempo que puedan ser provechosas, como tambien á los que hay para nosotros obligacion de decirselas. Penetrémosnos bien, cristianos, de estos principios, cuya aplicacion es cada dia tan frecuente. Y tengámos por cierto que, si los ponemos bien en practica, évitaremos la mayoría de los pecados en los cuáles caen diariamente los que los abandonan — Alcanzaremos tambien asi la cima de la perfeccion cristiana, segun la enseñanza del apóstol Santiago que os he espuesto, y por consiguiente, nos aseguraremos nuestra salvacion eterna. Asi sea.

de él y de sus grandezas con celo, con alegría, y con una respetuosa y amorosa complacencia. 3º Es necesario hablar para él, es decir, con una recta intencion, no buscando más que su gloria en todas nuestras conversaciones y discursos. 4º Por ultimo, es preciso hablar á él y por él á su Padre y al prójimo; á su Padre, con humildad, confianza y amor; al prójimo, con discrecion, modestia y caridad. (NOUET, 22, serm. despues de Pentec.).

UNDECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

CUARTA INSTRUCCION.

Nuestro Señor há hecho bien todas las cosas.

I. Las há hecho prontamente. — II. Las há hecho constantemente. — III. Las há hecho perfectamente.

Tán edificante cómo sea la conducta de los que llevan á Jesus el sordo-mudo de que nos habla nuestro Evangelio; tán instructiva cómo sea la curacion de este pobre enfermo, á quién Nuestro Señor vuelve milagrosamente el oído y la palabra, no es de estos asuntos que quiero hablaros en esta mañana. No nos ocuparemos tampoco del ejemplo de modestia, tán admirable cómo sea, que nos dá Nuestro Señor, prohibiendo á la multitud, testigo del milagro que acababa de realizar, el hablar de ello á nadie¹; ni de la reconocida admiracion de esta multitud, que publicaba tanto más sus alabanzas cuánto más les recomendaba callarse². Esto de lo cuál

1. Cur præcepit, ne miraculum evulgarent? Respondet primo, ven. Beda, hom. in hoc Evangel. « An forte nobis exemplum dare voluit, ut virtutum opera facientes, vitium jactantiæ per omnia, gloriamque vitæ humanam, ne bona nostra actio per inanem vulgi favorem, supernæ retributionis munere privetur? Et tamen sciamus opera nostra, si digna imitatione sunt, nullatenus posse celari, sed ad utilitatem fraternæ correctionis ipso dispensante patefieri. » — Secundo, respondet S. Aug. lib. iv, de consensu, cap. 4: « Ut quid hoc præcipiebat, nisi quia pigris volebat ostendere, quanto studiosius, quantoque ferventius eum prædicare debeant, quibus jubet ut prædicent, quando illi, qui prohibebantur, tacere non poterant? » (FABER, *Op. conc.* dom. 11. post Pentec. conc. 10, n. 9).

2. Si es preciso callar los beneficios que hacemos, no podemos hablar bastante de los que recibimos, ni hacer nuestro reconocimiento bastante publico; es una enseñanza que el mundo mismo nos hace, pero que la vanidad tanto del que dá cómo del que recibe, hace menospreciar